

Roberto Ampuero  
El caso Neruda

  
*La otra orilla*

Barcelona Bogotá Buenos Aires Caracas Guatemala Lima México Panamá  
Quito San José San Juan San Salvador Santiago Santo Domingo

*Para mis padres*

*Por los sesenta y cinco años de su gran historia de amor*

*Yo te pregunto, ¿dónde está mi hijo?*

Pablo Neruda, “La Pródiga”  
*(Los versos del capitán)*

Josie

# 1

¿Qué inquietaba a los dueños de Almagro, Ruggiero & Asociados, que lo invitaban a comparecer con tanta premura en sus oficinas?, se preguntó Cayetano Brulé al dejar esa cálida mañana de febrero su despacho del entretecho del edificio Turri, ubicado en pleno centro financiero de Valparaíso, y bajar en el ascensor de jaula hasta la calle Prat. Desde el retorno a la democracia AR&A se había convertido en la consultora más influyente del país y se murmuraba que no existía estipulación o licitación pública de envergadura que no se agenciara gracias a su rúbrica. Sus tentáculos abarcaban desde el palacio presidencial hasta las sedes neogóticas de los empresarios, y desde el Congreso a la Contraloría General de la República, pasando por ministerios, partidos políticos, embajadas y tribunales. Sus abogados podían conseguir leyes y decretos, subvenciones y condonaciones, exenciones y amnistías, y también lavar deshonras y pulir el prestigio de personalidades de capa caída. AR&A actuaba desde los pasillos y las sombras, y aunque sus máximos ejecutivos frecuentaban las recepciones y cenas claves de la capital, sus propietarios eran prácticamente invisibles, y en contadas ocasiones asistían a reuniones sociales o concedían entrevistas a periodistas. Pero cuando se decidían a aparecer en el gran escenario político-empresarial de la nación, deslumbraban con sus trajes italianos y sus corbatas de seda, sus sonrisas de triunfadores y modales cosmopolitas, opinando de todo de un modo críptico, como el oráculo de Delfos. Cuando Cayetano alzó la vista por entre los edificios de Prat,

el reloj del Turri marcaba las once y cuarenta y cinco, sus campanas repicaban melancólicas y las gaviotas planeaban graznando bajo el cielo cristalino. Recordó *Los pájaros*, la película de Alfred Hitchcock que había visto en las matinés dominicales del teatro Mauri, antes de sumergirse silbando y a buen paso en el estrépito cotidiano.

Fue en la plaza Aníbal Pinto donde el rumor de sus tripas lo obligó a arrimarse a una mesa del Café del Poeta. Que perdiera allí unos minutos no importaba. Los capos de AR&A no se inmutarían por su atraso, al contrario, inquietos imaginarían que otros clientes demandaban a esa hora también sus servicios, pensó, mientras se colaba, por entre sus bigotes a lo Pancho Villa, el aroma a café tostado del local. De este le deleitaban, fuera del cortadito y los sándwiches, desde luego, el piso de viejas tablas enceradas, las vitrinas con juegos de té de porcelana inglesa, los óleos con motivos porteños y la acogedora luz que irradiaban sus lámparas de bronce. Prefería la mesa junto a la entrada, porque desde allí podía contemplar las palmeras centenarias de la plaza y la escultura de Neptuno sentado entre las rocas de la fuente con peces de colores, e incluso el cementerio en lo alto del cerro Cárcel, un caprichoso camposanto que con cada terremoto vomitaba una avalancha de ladrillos de mausoleo, cruces de madera y desvencijados ataúdes con sus cadáveres sobre el centro de la ciudad. Desde esa mesa podía ver también el paso de los *trolleys* importados, de segunda mano, desde Zúrich, que circulaban con sus letreros originales en alemán como si aún lo hiciesen entre las fachadas nítidas de los silenciosos barrios helvéticos, y jamás hubiesen desembarcado en las calles con baches, perros vagos, papeles y vendedores ambulantes de Valparaíso.

En fin, los ilustres Almagro y Ruggiero tendrán que armarse de paciencia, concluyó Cayetano Brulé arreglándose el nudo de su vistosa corbata violeta estampada con guanaquitos verdes mientras esperaba a que la dependiente, una *goth* pálida, de cabellera azabache y vestida de negro, con el audífono y el micrófono a lo Kanye West que la comunicaba con la cocina, se animase a tomarle el pedido. Desplegó el

diario local y se enteró por su portada de la nueva derrota futbolística del sufrido Wanderers, del degüello de una modelo en los jardines del casino de Viña del Mar y de una inquietante alza del desempleo en la región. Esto último no lo sorprendió. La decadencia de Valparaíso era conocida. En el XIX había sido el puerto más importante y próspero del Pacífico; Enrique Carusso y Sarah Bernhard actuaban en sus teatros, Gath & Chaves y exclusivas tiendas europeas se instalaban en sus calles, y la cuarta parte de su población, extranjera, no hablaba español. Pero el feroz terremoto de la noche del dieciséis de agosto de 1906 devastó la ciudad y sepultó a más de tres mil de sus habitantes bajo los escombros de edificios, casas y mansiones en cuestión de segundos. Esa misma noche millares abandonaron la ciudad para siempre, y quienes permanecieron en ella comenzaron a vivir desde entonces evocando el esplendor y los oropeles del pasado, la belleza de la ciudad desaparecida, persuadidos de que en un día no lejano un milagro traería de vuelta el progreso. Pero exactamente ocho años más tarde el mentado progreso se encargó de propinarle otro golpe brutal: la apertura del Canal de Panamá, celebrada el quince de agosto de 1914, estranguló a Valparaíso. De la noche a la mañana la bahía quedó desolada, las bodegas portuarias vacías, las grúas del muelle quietas, y los bares, tiendas y restaurantes clausuraron sus puertas para siempre, arrojando a empleados, putas y cabrones a un paro perpetuo.

Sin conocer esa historia trágica, ese declive incesante, que más parecía un castigo divino que fruto de la fatalidad y cautivado por la arquitectura y topografía delirantes de la ciudad y el carácter afable y taciturno de sus habitantes, Cayetano decidió radicarse en Valparaíso al llegar a Chile, en 1971, del brazo de su mujer de entonces, María Paz Ángela Undurraga Cox. Eran los días de Salvador Allende y la Unidad Popular, de una efervescencia social desenfadada que no desembocaría en lo que el pueblo había soñado sino en la dictadura del general Augusto Pinochet. ¿Cuántos años habían pasado ya desde aquello, desde que se había instaurado esa época que muchos preferían olvidar? ¿Treinta y cuántos años? En todo caso, los porteños, siempre

dignos, y él se consideraba ahora uno de ellos, creían que la buena y la mala suerte esperaban agazapadas a la vuelta de cualquier esquina o tras la curva de alguna escalera de piedra, y por eso todo era relativo y pasajero en la vida. Para los porteños, acostumbrados a bajar y subir cerros, la existencia era como su ciudad: a veces uno viajaba gozoso y confiado en la cresta de la ola, a veces yacía uno deprimido y descoyuntado en el fondo de un barranco. Siempre se podía ascender o descender. Nada era seguro ni para siempre. Ninguna circunstancia era eterna. La existencia acarreaba incertidumbres, y solo la muerte no tenía ajuste. Por ello, y porque era un optimista incorregible mientras no le faltasen el café y el pan, y de vez en cuando una cerveza helada o su medida de ron, y aunque escaseaban las oportunidades de trabajo para un investigador privado en ese último confín del mundo, convertido ahora en respetable potencia exportadora de frutas, vinos y salmones, donde cada vez más familias adquirirían un segundo automóvil, veraneaban en La Habana y Miami, o se endeudaban sin límites, a él no le molestaba hacer esperar a los dueños de AR&A.

Dieciséis años atrás, en 1990, los chilenos habían reconquistado mediante protestas pacíficas la democracia, y ahora en ese país supuestamente gris y conservador, en donde hasta hace poco no existía ley de divorcio, gobernaba una mujer divorciada, madre soltera y socialista, y atea. Aquello era claro indicio de que ese estilete de tierra, que se extendía desde el desierto de Atacama, el más árido e inhóspito del planeta, hasta el Polo Sur, equilibrándose entre el bravo oleaje del Pacífico y las eternas nieves andinas, siempre a un tris de desplomarse con su gente y bártulos al fondo del océano, era un sitio único, irrepetible y cambiante, que transitaba vertiginoso de la euforia a la depresión, o de la solidaridad al individualismo, una especie de esos enrevesados jeroglíficos del arqueólogo Heinrich Schliemann, que nunca nadie lograba descifrar del todo, y que se amaba u odiaba según las circunstancias, los cambios de ánimo y el color de las estaciones.

—Aquí nadie se muere para siempre—barruntó Cayetano divisando desde su mesa los nichos blanqueados que refulgían como salar ata-

cameño desde el camposanto, en lo alto del cerro Cárcel—. Al primer terremoto vuelven todos de sopetón al reino de los vivos.

—¿Qué se sirve el caballero? —le preguntó la *goth*.

Ordenó un cortadito doble y la carta de sándwiches, que esperó ansioso, atusándose las puntas del bigote.

Ahora lo recordaba con precisión. Había arribado a Valparaíso hacía treinta y cinco años, tras desembarcar en Santiago del Boeing de Lan Chile con Ángela, chilena medio aristocrática y de convicciones revolucionarias, que estudiaba en un exclusivo *college* para señoritas de Estados Unidos. Mientras hacían una noche el amor bajo los cocoteros en la arena aún tibia de una playa de Cayo Hueso, ella lo había convencido de sumarse a la construcción del socialismo que impulsaba Salvador Allende en el Cono Sur. Ambas experiencias —la de Allende y la amorosa— terminarían por cierto de forma abrupta y calamitosa con el golpe de Estado de Pinochet, el once de septiembre de 1973. Ella había buscado refugio en el exilio de París con el charanguista de un grupo folklórico mientras él encallaba como una vieja barcaza en Chile. Debió ocultarse de los izquierdistas, que lo despreciaban como *gusano* de Miami, y de los derechistas, que lo desdeñaban como un infiltrado castrista. Durante la dictadura tuvo que probar suerte en varios oficios: vendedor de libros y seguros, promotor de cremas de belleza Avon y asistente de un receptor judicial que recorría a pie los cerros más bravos y peligrosos de Valparaíso, notificando a sujetos que eran rateros, reducidos o contrabandistas. Un título de detective, otorgado por un oscuro instituto de estudios a distancia de Miami, le salvaría más tarde la vida, pues atraería a gente que deseaba encargarle investigaciones de poca monta —como el seguimiento de una mujer casquivana, el robo de la caja del día de una fuente de soda, o las amenazas de muerte de un vecino belicoso—, lo cual le permitió no solo sobrevivir con cierta dignidad sino también ejercer el oficio que mejor calzaba con un espíritu independiente, soñador y gozador como el suyo.

—Aquí tiene —le anunció la *goth* desplegando ante sus ojos miopes una carta con fotos a todo color de los sándwiches y pasteles que ofrecía el local.

La carta no solo buscaba abrir el apetito del cliente, sino proyectar también una dimensión cultural, pues intentaba narrar la portentosa historia de esa ciudad con siete vidas, conocida otrora como “La Joya del Pacífico”. En rigor, se trataba ya de una gema con bastante desgaste, jamás fundada por autoridad alguna, ni civil ni eclesiástica, con medio millón de sufridos habitantes y cincuenta cerros habitados de modo tan pródigo como anárquico, con una bahía en forma de herradura que era un anfiteatro deslumbrante, con destartalados *trolleys* de la posguerra y una decena de quejumbrosos funiculares en los que la gente arriesgaba la vida cada vez que iba al trabajo o volvía de él a sus casas, que contaban con miradores, balcones y jardines en declive, y que habían logrado encumbrarse airoosamente en las cimas o aferrarse en precario equilibrio de las laderas. Declarada patrimonio de la humanidad por la UNESCO debido a su arquitectura y topografía, Valparaíso comenzaba ahora, de nuevo, a dar señales de recuperación gracias a los jubilados estadounidenses, canadienses y europeos que, disfrazados de adolescentes y con los bolsillos forrados en dólares y euros, desembarcaban en masa de los transatlánticos que recalaban a diario en la bahía durante el verano.

No era mala la vida en Valparaíso, pensó satisfecho. Arrendaba una casa amarilla, de estilo neovictoriano, en el paseo Gervasoni, del cerro Concepción, y desde allí podía contemplar el Pacífico y, en las mañanas prístinas y tibias del estío, hasta incluso figurarse que estaba en La Habana, retozando frente a la corriente del Golfo, con el Malecón a sus espaldas. En sus pesquisas como investigador privado lo asistía Suzuki, un porteño de origen japonés que por las noches atendía la Kamikaze, una minúscula fritangería de su modesta propiedad. Quedaba en el barrio del puerto, entre la plaza de la Aduana y la de la Matriz, en una callejuela con adoquines y bares, que le permitía estar al tanto de lo que murmuraban las putas y sus rufianes, quienes volvían

a gozar, al igual que los carteristas y atracadores, de las bondades del auge turístico. Aunque ya cincuentón, Cayetano confiaba todavía en encontrar a la mujer de su vida y en llegar a ser padre de un niño o una niña, lo mismo le daba, mientras fuese sanito, antes de quedarse completamente calvo y volverse un jubilado artrítico y cascarrabias. Y si bien al inicio le había resultado difícil adecuarse a la severidad de los chilenos y los rigores climáticos de su tierra montañosa, ahora la isla de Cuba, su gente y su clima eran más bien una evocación pálida y distante, porque la nueva patria, con todas sus luces y sombras, había terminado por conquistarlo, a pesar de que no era verde ni tampoco isla, o tal vez lo fuese aunque de forma diferente.

—¿Ya decidió qué va a comer? —le preguntó la *goth* sirviéndole el cortado. Tenía los brazos translúcidos, surcados por venas gruesas y azules.

—Un Barros Luco con doble ración de palta —pidió, y trató de imaginarse cómo sería remontar con la yema de sus dedos esos surcos azules hasta alcanzar sus vertientes perfumadas y recónditas.

Y fue después de endulzar y saborear la bebida que sus ojos tropezaron en la contraportada del menú con la foto de Pablo Neruda apoltronado en un sillón de su casa de Valparaíso. Sintió que el corazón se le paralizaba, sorbió lentamente hasta que se le empañaron las dioptrías y le arrancó una tenue sonrisa. Le pareció que de pronto las palmeras, las cruces en la cúspide de los mausoleos y hasta el propio Neptuno comenzaban a oscilar como los espejismos del desierto. Entonces su memoria lo trasladó a la mañana del invierno de 1973, la de su primera investigación, aquella que jamás revelaría a nadie pues constituía el secreto mejor guardado de su vida, el secreto con el que lo subirían con los pies por delante hasta ese cementerio donde los muertos, durante las tibias noches de verano, se contoneaban felices al ritmo de tangos, cumbias y boleros, anhelando que el próximo terremoto los arrojara de nuevo sobre las pintorescas y enrevesadas calles de Valparaíso.

Cerró los ojos y percibió que de pronto comenzaban a desvanecerse el rumor de los motores, el canto de los ciegos acompañados del acordeón y la pianola, y hasta los gritos de los vendedores de yerbas, aguacates y boletos con premio garantizado de la lotería, y que de pronto surgía ante él, como por artilugio y con nitidez prodigiosa, la textura áspera y rústica de la puerta de tablas del pasaje Collado...

## 2

Allí estaba la puerta de tablas con nudos resecos, pero nadie le abría. Acarició esta vez la vieja aldaba de bronce, introdujo después sus manos en los bolsillos de la chaqueta de chiporro y se dijo que ahora solo le restaba esperar. Expulsó vaharadas de aliento blanco contra la mañana nublada del invierno porteño y pensó, divertido, que era como si fumara, como si fumara en una ciudad donde ya no había fósforos ni cigarrillos.

Acababa de perder una hora en la Alí Babá, una fuente de soda que estaba a la vuelta de la esquina, sobre la avenida Alemania, en diagonal al teatro Mauri. Allí había leído la columna de Omar Saavedra Santis en *El Popular* y la de Enrique Lira Massi en el *Puro Chile* mientras el turco Hadad le preparaba un café y un *gyros* maldiciendo el desabastecimiento, las colas y los desórdenes callejeros, aterrado de que la división política desmembrase al país y lo arrojase al tarro de la basura. Cuando consultó de nuevo el reloj eran pasadas las diez. Tal vez aún no ha vuelto de la capital, se dijo paseando la mirada por la bahía, que asomaba entre la neblina.

Se habían conocido días antes, durante un curanto a la olla celebrado en la residencia del alcalde de Valparaíso, hasta donde lo había arrastrado su mujer para que se codeara con políticos e intelectuales progresistas de la zona. Debía conocer, según Ángela, a los diputados Guastavino y Andrade, a los cantantes Payo Grondona y Gato Alquinta, al pintor Carlos Hermostilla y a poetas bohemios del puer-

to, como Sarita Vial o Ennio Molledo, gente innovadora, creativa y comprometida con el proceso. Bien conectada como estaba, Ángela no cejaba en el empeño de ayudarle a conseguir trabajo en esa época turbulenta, algo nada fácil de obtener para un caribeño como él, con apenas dos años en Chile. Pero detrás de ese empeño casi maternal Cayetano percibía otro tipo de inquietud: el deseo de poner en orden una cuestión irresuelta para pasar a ocuparse de otros temas, postergados tal vez solo por ese único asunto que no funcionaba. Los proyectos de Ángela no se orientaban hacia una vida conyugal sino política, y sin un compromiso o al menos un puesto público en aquel país al que la había seguido, él era una pieza que no acababa de encajar; exactamente así, fuera de sitio y fuera de juego, se sentía en esa fiesta a la que nadie lo habría invitado de no ser por ella y a la que él, como pensó con creciente malhumor, tampoco había pedido invitación alguna. Sin ánimo para mezclarse con los portadores de los nombres recomendados y menos aún para sumarse al corro que se había formado en torno al dueño del nombre más célebre, el más cubierto de elogios y rodeado de leyendas, turbiamente desengañado, Cayetano prefirió replegarse a la biblioteca de esa casa de comienzos de siglo, revestida con planchas de zinc pintadas de amarillo, que refulgía como una moneda de oro sobre la bahía. La biblioteca, con piso de madera, vigas de roble a la vista y estantes con libros finamente empastados en cuero, ofrecía el refugio de una luz casi penumbrosa y, tal como Cayetano había imaginado, estaba desierta. Se acomodó en un *bergere* frente a la ventana que daba al jardín, donde varios invitados fumaban y conversaban sin importarles el frío y, aspirando la fragancia intensa del Pacífico, recordó otro mar, y a otra Ángela.

Así se quedó hasta perder la noción del tiempo. Nadie lo echaba de menos, evidentemente. Pero entonces, cuando ya la reunión chilena le parecía transcurrir muy lejos y casi en otra época, o más bien a lo largo de un sueño impreciso, escuchó a sus espaldas unos pasos que lo sacaron de su modesto limbo. Alguien había entrado; afortunadamente, tampoco había encendido otra luz. Como él, el intruso prefería

la penumbra; quizás también añoraba la soledad. Se quedó quieto y evitó hacer cualquier ruido. Tal vez el otro se había equivocado de sitio, o al no ver a nadie lo dejaría en paz. Pero los pasos se siguieron acercando, lentos, como si los pies dudaran del suelo que pisaban, hasta detenerse por fin cerca suyo.

—¿Cómo está, caballero?

El acento irónico pero amable del recién llegado, como si ya lo conociera y compartieran una broma, y la manera inusual de saludarlo, tan personal y afable, lo sorprendieron tanto que en un principio no atinó a responder. Como el silencio hizo que la frase aislada le pareciera aún más irreal, se apresuró a encontrar una respuesta.

—Se está muy bien aquí —comentó—. Si se ha cansado con tanto alboroto —y pensó, al recordar el ritmo sosegado de sus pasos, que se trataba de un hombre mayor—, es perfecto para reponer fuerzas. —¿Por qué había dicho eso, como invitándolo a quedarse, si quería que el extraño se largara? Al menos no se giró a mirarlo y continuó con la vista fija en el horizonte que enmarcaba la ventana. Pero el otro, cuya presencia sintió a sus espaldas, se sumó a su contemplación.

—Me recuerda la Birmania de mi juventud —le oyó decir, y se preguntó qué tendrían en común ese frío país del sur y aquella Asia remota que adivinaba hundida en un calor selvático—. La noche del soldado. El tipo tirado lejos por el océano y una ola —hablaba como ensimismado, pero parecía describirlo a él. ¿De dónde había salido? La brisa batía las cortinas y Cayetano miraba ahora el oleaje. Adivinaba que el otro hacía lo mismo—. Un hombre solo delante del mar es como si estuviera en el medio del mar.

Cayetano necesitó poner un límite.

—¿De quién está hablando?

—¿No eres extranjero? —el tuteo lo sorprendió, pero no lo molestó; quería estar solo, y sin embargo aquella voz lograba hacerse aceptar en su intimidad—. Cuando uno está lejos de su tierra no tiene casa y va a la deriva. También a mí me gustaban rincones como este.

–Y todavía le gustan –sintió que ahora era él quien había sorprendido a su interlocutor; este rió y lo sintió aún más cerca.

–Tienes razón, todavía me gustan –la atmósfera se relajó; sin embargo, como queriendo preservar la distancia en que se sostenía su diálogo, evitaron mirarse a la cara y continuaron contemplando el Pacífico–. Ahora tengo varios refugios, amigos en todas partes, y sin embargo aún necesito a veces rincones como este. ¿Tú eres cubano, verdad?

Pensó que el acento lo delataba. Ofreció un perfil más preciso.

–Habanero.

–Entonces eres el esposo de Ángela Undurraga –Cayetano se sintió súbitamente desnudo; como un amigo, el desconocido se apresuró a cubrirlo–. No te sorprendas, ella es muy conocida aquí. Todos sabemos que se casó con un cubano de la Florida.

¿Quiénes eran esos todos? Por primera vez sintió la tentación de girar a ver a su interlocutor. Pero se contuvo: desde su entusiasta periplo al sur del mundo tras las caderas de su mujer y al cabo de dos años de pasos en falso había aprendido a no precipitarse.

–Un habanero extramuros –enfaticó con cautela.

A sus espaldas, el otro rió.

–Tienes una bella mujer. Inteligente y emprendedora. Debes sentirte orgulloso.

No era así como se sentía. Y se notaba, seguramente. Amparándose en la distancia, en el oleaje lejano que distraía sus miradas, fingió.

–Sí, me la envidian mucho. Se preguntarán qué no encontró aquí que debió ir a buscar hombre al norte.

Esta vez el chileno no rió.

–El mal de amores en todas partes tiene el mismo clima –declaró brusco, súbitamente sombrío. Una antigua tristeza, arrastrada durante más años de los que Cayetano podía contar, pareció instalarse en cuestión de segundos en la voz cultivada y amable que apenas un momento atrás reía y bromeaba con sosiego. Aunque apenas hizo una pausa antes de continuar, al volver a hablar esa voz sonó como si

levantara una gran carga—. Perdóname la franqueza, muchacho, pero sé cuánto duele llevar esas máscaras que mis ojos atraviesan en cuanto las ven. Desde que te vi sentado delante de esta ventana, lejos del jardín donde deberías estar llevando a tu mujer del brazo, reconocí la escena. He visto a demasiados alejarse como para no reconocer el lugar que dejan vacío.

Cayetano mismo era ahora ese sitio silencioso. Elocuente, calló. Su raro interlocutor parecía tener mucho que decir.

—A mis años uno creería que ya lo ha visto todo, que los engaños ya no hieren, que las traiciones ya no sorprenden... Pero no, al contrario, basta un empujón, cualquier traspie inesperado en el camino que uno recorre todos los días, y el equilibrio que creía asegurado se acaba. Además se han perdido reflejos y el tiempo escasea —la voz, apasionada, se contrajo bajo esa amenaza; luego volvió a empinarse—. Lo que quema sigue quemando y no se tiene con qué apagarlo, ni siquiera con qué ignorarlo... —vaciló— ...ni fuerzas para explorarlo. —Buscó otro final—. Cuando uno es joven desespera rápido, y enseguida teme que si alguien falta a una cita no volverá más. Pero este mundo da muchas vueltas...

A pesar de la nebulosidad de esta última alusión, Cayetano comprendió que el hombre hablaba de sí mismo. Pero sintió que de algún modo sus palabras, después de todo, valían también para él. Tuvo una intuición.

—¿Usted es escritor? —preguntó.

—Tienes madera de detective, muchacho —dijo el desconocido, burlón a medias—. Cuando te canses de tu oficio siempre puedes colgar un letrero en la puerta de un pequeño despacho en desorden y esperar a que alguien te pague por investigar.

Cayetano hubiera sido incapaz de decidir si el hombre a sus espaldas le tomaba el pelo o le indicaba un destino. Pero igual le siguió el juego.

—Lo recordaré, señor...

—...Reyes. Ricardo Reyes —le pareció que sonreía—. Cayetano, ¿verdad? ¿A qué te dedicas?

—En estos días, a lo que salga. Espero una pega, pero después de dos años así estoy empezando a pensar que Ángela no tiene tan buenos contactos.

Ahora Reyes no dijo nada. De pronto comenzó a toser. Cayetano permaneció inmóvil, avergonzado por la queja que había deslizado sobre su mujer, pero algo en él volvió a despertar una dosis de cortesía.

—¿Quiere que cerremos las ventanas?

—No te preocupes. Esto no se debe a las ventanas —repuso Reyes y carraspeó, reprimiendo la tos—. Así que buscas trabajo —continuó. Entonces los tacones de una de mujer irrumpieron en la sala.

—La gente preguntando por ti, y tú escondido como una ostra aquí —era una mujer de cabellera trigueña, enérgica y vital—. Vamos, que tu caldillo de congrio ya está, y el alcalde quiere pronunciar unas palabras en honor tuyo. Andando, andando.

La interrupción había logrado que Cayetano al fin girara. Así advirtió que el hombre no estaba a sus espaldas sino de pie casi a su lado. Y, asombrado, lo reconoció. Durante la fiesta no se había atrevido a acercársele, inhibido no solo por el estrecho círculo de admiradores que lo rodeaba sino también por la autoridad que atribuía a esa figura gruesa de movimientos lentos, cuya lánguida mirada de grandes párpados de saurio había ido del mar a él y de vuelta al mar durante esa conversación en que él ni siquiera se había dignado a mirarlo. Y ahora el gran poeta y distinguido embajador de Salvador Allende en Francia, se alejaba tironeado por aquella mujer. Nunca había estado a solas con un nobel. La emoción sacudió de pronto su cuerpo y le agolpó la sangre en la cabeza.

—Donde manda Matilde, no manda marinero —dijo el poeta guiñándole un ojo. Allí iba, con su poncho chilote, el *jockey* de siempre y las mejillas manchadas de grandes lunares—. En fin, ya sabes, si en estos

días te sobra tiempo, anda a verme a La Sebastiana. Tengo antiguas postales de tu ciudad, muchacho. Solo basta con que me llames.

No se habría atrevido a llamarlo. Pero fue el poeta quien dio con él, quien llamó a su casa y le pidió que lo visitara. Y por eso estaba allí, en el pasaje Collado, y por fin abría alguien ahora, con chirrido de goznes oxidados, esa puerta de tablas y nudos resecos.